

Avellaneda, secular enigma cervantino.

Javier Blasco
Universidad de Valladolid

La tradicional preocupación de la crítica por desvelar la verdadera identidad de Avellaneda demuestra que esta cuestión, ciertamente, tiene relevancia. Avellaneda, en primer lugar, nos ofrece un excelente y excepcional testimonio de la recepción que un sector de la institución literaria del momento hizo del *Quijote* en los primeros años de circulación del libro. Pero, cuando cobra verdadera importancia el libro de Avellaneda, es cuando percibimos el grado de atención que, al escribir la segunda parte de su *Quijote*, le presta Cervantes: el texto del falso *Quijote* pauta y condiciona sustancialmente el desarrollo que finalmente se da a la historia de don Quijote en la segunda entrega cervantina. Por referirme sólo a algunas de las manifestaciones más evidentes de la presencia de Avellaneda en el *Quijote* de 1615, no sabemos si, a no mediar la intervención del apócrifo, don Quijote hubiera acudido a las justas zaragozanas, tal y como se había anunciado en 1605; y no sabemos --lo que, desde el punto de vista de la interpretación global del libro, es más importante-- si el desenlace cervantino (la derrota de la locura y el triunfo de la lucidez) se hubiera resuelto en idénticos términos a los que se dan en el desenlace cervantino de 1615. Creo, ciertamente, que nada de ello hubiera ocurrido tal y como finalmente el *Quijote* de 1615 nos cuenta. Todo en la segunda entrega de Cervantes hubiera sido bastante distinto a lo que conocemos.

Pero el interés de Avellaneda no se reduce a lo dicho. Entender bien el marco en el que se produce el falso *Quijote* (un marco en el que resultan muy relevantes las luchas políticas de la corte) puede ser sustancial para entender mejor capítulos importantes de las dos partes del *Quijote* cervantino. Si los argumentos con los que Avellaneda justifica su apropiación de la historia de don Quijote son sinceros (cosa que, cuando menos, hay que poner en duda), el libro de Cervantes (por las “ofensas” en él desgranadas y por los “sinónomos voluntarios” que contiene) debió de producir en el mundillo literario de la época un revuelo del que la historia de Avellaneda es sólo uno de los más importantes capítulos. Avellaneda no sólo continúa la historia de don

Quijote, sino que la enmienda y transforma y, en expresión de Iffland¹ (que considero muy acertada) la secuestra, transformándola en una cosa totalmente distinta a la “inventada” por Cervantes. Avellaneda sirve, cuando menos, para reclamar nuestra atención sobre el arraigo en la vida cotidiana de la España de una obra, cuya lectura, desde la apasionada recepción del libro por parte de los románticos alemanes en el siglo XIX, parecía haber caído inevitablemente en el campo de anacrónicas –y descontextualizadoras-- interpretaciones metafísicas. Avellaneda da testimonio de cómo el libro de Cervantes incomodó a ciertos sectores (religiosos y políticos) de la sociedad del momento. Además, hubo gente que se reconoció en el texto de Cervantes y otra gente que vio en el mismo una amenaza contra las estructuras que, en la sociedad del momento, garantizaban la posición privilegiada de unos pocos. Desde luego, el duque de Lerma y las casas nobiliarias en las que se apoya, o las querellas de los dominicos contra los jesuitas y el pulso político que en tales querellas se sustancia, están presentes en el diálogo de Avellaneda y Cervantes. De hecho, el falso *Quijote*², sea quien sea su autor, evidencia una clara voluntad de enmendar ciertas actitudes perceptibles en la historia cervantina.

Es verdad que una obra se convierte en un clásico cuando todas aquellas ataduras que la ligaban al puntual momento de su escritura comienzan a perder peso, potenciando una lectura –digámoslo así-- más universal. Pero también es verdad que el filólogo y el historiador, al enfrentarse con un texto, adquieren un irrenunciable compromiso con las circunstancias en las que ese texto se produjo. Y en ese sentido, y en relación con el tema que ahora nos ocupa, hay que decir que el *Quijote* de 1605, el *Quijote* apócrifo y el *Quijote* de 1615, dan cuerpo a un diálogo interesantísimo, que apunta a la realidad concreta del momento; diálogo para el que hemos estado sordos durante mucho tiempo, por renunciar a lo que nos dice una de sus voces (la de Avellaneda) y, en parte también, por no ser capaces de ponerle cara a esa voz. Abrir el canal en el que dicha voz se escucha debería servir para una mejor y más completa

¹ . *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1999.

² . Con razón, algún crítico se ha sentido molesto por la los adjetivos “falso” o “apócrifo” aplicados a texto de Avellaneda, lo cual resulta razonable, dado que en el momento a que nos referimos la “imitación” remite a un uso corriente, como el propio Avellaneda explica en el prólogo a su *Quijote*. Por eso, cuando yo hable de “falsificación” o incluso de “crimen” debe quedar bien claro que los hago en sentido figurado. Ni siquiera Cervantes, que tenía ciertamente sobrados motivos para estar quejoso con Avellaneda, lo acusó por haberse apropiado de su historia (otros, como Guillén de Castro, hicieron lo mismo). Cervantes sí que lo acusó, en cambio, por no “dar la cara”. Dicho esto, quiero manifestar desde el principio que el *Quijote* de Avellaneda me parece una novela muy digna y bastante bien escrita.

intelección de las dos entregas cervantinas de la historia de don Quijote. La edición que Gómez Canseco hizo del texto de Avellaneda va precedida de una introducción que resulta muy elocuente al respecto³.

Por todo lo dicho, en cualquier ensayo serio de una lectura contextualizada del *Quijote* cervantino, el “enigma de Avellaneda” constituye un capítulo fundamental. Desde la pretensión de dotar de contenido biográfico a Alonso Fernández de Avellaneda, con los años, la crítica ha generado una larga lista de candidatos que, por ser bien conocida, ni siquiera merece la pena que la recordemos ahora. Algunos de ellos gozaron de bastante crédito durante algún tiempo. Sin embargo, en los últimos años, entre todos los posibles candidatos, ha destacado con fuerza el nombre de Jerónimo de Pasamonte. Con extremada prudencia, en su edición del *Quijote* de Avellaneda, Martín de Riquer⁴ proponía su nombre y, apadrinado por la indiscutible autoridad del profesor catalán, la candidatura de Pasamonte ha alcanzado un cierto grado de aceptación entre los cervantistas, sobre todo a partir de un estudio posterior del propio Riquer⁵.

Sin embargo, hay algo que disuena. Ni por la cultura que evidencia, ni por la lengua empleada, ni por la sicología que esconde, la *Vida* de Pasamonte (un día, si Carlos Álvarez Ude me lo permite, les daré alguna muestra de la paranoica personalidad de Pasamonte), que se nutre de materiales y de tópicos (procedente de “informaciones”, de cartas de relación, de hagiografías y de textos de arbitristas), parece tener mucho que ver con el contexto cortesano al que permanentemente remiten las páginas de Avellaneda. La *Vida* de Pasamonte, ni por asomos, deja entrever en el soldado aragonés los conocimientos teológicos que suponen las dos novelitas interpoladas en el texto de Avellaneda⁶. De la misma manera, no resulta fácil explicar, en la hipótesis de Pasamonte, las intencionadas referencias del *Quijote* apócrifo a los complicados entresijos de la política y de la vida literaria del momento⁷. La tesis que identifica a

³. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

⁴. Madrid, Espasa Calpe, 1972.

⁵. *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988.

⁶. Es esta una cuestión bien planteada por Luis Gómez Canseco en su edición del *Quijote* de Avellaneda (ed. cit., pp. 82 y ss.)

⁷. Conviene, en este sentido, tener en cuenta que algunos de los nombres que emergen en el diálogo quijotesco que trenzan Cervantes y Avellaneda no son (al menos, no son sólo) “sinónimos voluntarios”, sino que son nombres propios de existencia acreditada en la España de momento: me refiero, por citar sólo un ejemplos, a Antonio de Bracamonte, que remite a un soldado real, perteneciente –como dice el narrador del falso *Quijote*-- a un antiguo linaje de Ávila y Valladolid, emparentado con la familia de los condes de Barajas (que a su vez son señores de Ariza). Varios miembros de la familia de los Bracamonte se vieron enredados en el proceso de Antonio Pérez, como documenta Gregorio Marañón en su *Antonio Pérez* (Madrid, Espasa Calpe, 1977). Un miembro de la familia de los condes de Barajas, Rodrigo Zapata,

Avellaneda en la persona histórica de Pasamonte se sustenta, sobre todo, en dos postulados: lo que manifiesta el propio Cervantes en la segunda parte de su *Quijote*: Avellaneda –sospecha Cervantes—ha de ser aragonés porque “tal vez escribe sin artículos” (Q, II, 59); y lo que manifiesta Avellaneda sobre los “sinónimos voluntarios”. De aquí se ha deducido que Avellaneda es Pasamonte, como si Pasamonte fuera el único aragonés que, sabiendo leer y escribir, pudiera reconocerse en el texto cervantino.

Aceptando que Pasamonte tiene un móvil (el personaje que aparece en el *Quijote* de 1605 con ese nombre sí que parece ser un “sinónimo voluntario” del autor de la *Vida*) y admitiendo que en algún momento el bueno de Pasamonte pudiese tener noticia del agravio de Cervantes, no parece que al autor del falso *Quijote* (fuera éste quien fuera) le dolieran mucho las maldades cervantinas contra el soldado aragonés, ya que acepta, prácticamente sin cambio sustancial alguno, el retrato elaborado por Cervantes en la primera entrega de su novela. Y esto debe decirse.

Creo que, a pesar de la autoridad y del paciente esfuerzo desarrollado por los principales valedores de la candidatura de Pasamonte, sería conveniente que, en tanto en cuanto no tengamos un documento, no convirtamos en certeza lo que Riquer siempre planteó como hipótesis. Y, en este sentido, porque la lectura que Avellaneda hace del *Quijote* cervantino es esencial –en algún aspecto, al menos-- para una correcta intelección del más universal de los libros escritos en español, creo que merece la pena que reabramos el debate con la propuesta de nuevas candidaturas, desde las que se puedan explicar todos aquellos lugares que la asignación del texto a Pasamonte deja en sombra. Esta, y no otra, es la pretensión de mi tesis a favor de Baltasar Navarrete, recientemente propuesto por Anastasio Rojo (en este caso, con respaldo documental) como autor de *La pícaro Justina*⁸.

Pero, retomemos la cuestión desde el principio. En los primeros meses de 1614, los lectores pudieron tomar en sus manos un “cuerpo” de libro titulado “SEGUNDO / TOMO DEL / INGENIOSO HIDALGO / DON QUIXOTE DE LA MANCHA, / que contiene su tercera salida, y es la / quinta parte de sus aventuras”. La portada de este libro, en la que figura un grabado con un motivo muy usado en aquellos años por varios

tuvo un papel importante en el establecimiento de los jesuitas en Calatayud, localidad que da nombre a una de las “geografías” por las que discurre parte de las aventuras del falso don Quijote.

⁸ . La relación de *La pícaro Justina* con la orden de los dominicos viene de antiguo, desde que Nicolás Antonio recogió un testimonio directo de ello. Pero hay más razones: por ejemplo, se ha insistido en la disposición externa de la obra (en capítulo, divisiones y subdivisiones, etc.), así como en conocimientos teológicos, reflexiones sobre la predicación, enfrentamientos con el clero regular. Puyol realizó un cotejo

impresores de Cataluña y de Levante, informa del nombre y patria del autor (*Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de / Avellaneda, natural de la Villa de / Tordesillas*), así como de los talleres en que se imprimió (casa de Felipe Roberto, en Tarragona). Quienes se hicieran con un ejemplar de este libro podrían saber, desde la portada del mismo, que el libro iba dirigido “al Alcalde, Regidores e Hidalgos de la noble villa de Argamasilla, patria feliz del hidalgo Caballero Don Quixote de la Mancha”.

El análisis de todos estos datos, junto a los que proporcionan los textos de los preliminares, nos permite concluir que el falso *Quijote* es la obra de un redomado falsificador, cuya habilidad en el arte del disimulo (repárese en la abundancia en esta *historia* de palabras que pertenecen a tal campo semántico) y de la ocultación le ha permitido mantener a salvo su verdadera identidad durante casi cuatro siglos. De hecho, todavía hoy, Avellaneda sigue siendo un misterio. Su “trabajo” no resulta fácil de desmontar, pues el “falsario” no sólo finge su nombre y el de su patria chica (como denuncia Cervantes en el *Quijote* de 1615), sino que tanto en la portada, como en los textos de los preliminares, multiplica las irregularidades y las informaciones dudosas, posiblemente con la intención clara de borrar huellas. En su día (1937), Francisco Vindel⁹, excelente conocedor de lo que era el mundo de la imprenta en la época que nos interesa, al examinar la princeps de Avellaneda, llamó la atención sobre el tamaño de los tipos con los que juega el título del falso *Quijote*, sobre el grabado (copia del que había empleado Pedro Patricio Mey¹⁰ en varias ediciones valencianas) y sobre los hierros que se utilizaron en la composición de la portada, para llegar a la conclusión de que el libro de Avellaneda no pudo componerse en la imprenta tarraconense de Felipe Roberto, como figura en la portada, sino que necesariamente se compuso –como ya sospechó el mismo Cervantes¹¹– en otra imprenta con más rico equipamiento, que se identifica con la de Sebastián Comellas, en Barcelona¹².

entre *La pícaro* y la *Vida de san Raimundo de Peñafort* para llegar a la conclusión que el autor era el mismo, fray Andrés Pérez (cfr. Ed. Julio Puyol y Alonso, Madrid, Sociedad de Bibliófilos, 1912).

⁹. Cfr. Francisco Vindel, *La verdad sobre el “Falso Quijote”*, Barcelona, Antigua librería Babra, 1937.

¹⁰. En la imprenta valenciana de Pedro Patricio Mey se hizo una edición del *Quijote* con un grabado en la portada que desarrolla el mismo motivo que figura en la portada del *Quijote* de Avellaneda. En la imprenta de Mey había publicado sus obras Guillén de Castro (que ya había llevado al teatro tres comedias inspiradas en *El curioso impertinente*, en *La fuerza de la sangre*, y en la historia de “Cardenio y Luscinda”). El gusto por la temática cervantina llevó a Cotarelo a pensar que Avellaneda pudiera ser Guillén de Castro.

¹¹. La localización de la imprenta de Comellas como la del “fraude” deja abierta la puerta a una lectura interesantísima del capítulo LXII del *Quijote* de 1615, donde se cuenta la visita de don Quijote a una

De ser correcto el análisis que en su día hizo Vindel de la tipografía del falso *Quijote*, y de ser acertadas las conjeturas que propone a partir de su análisis, el falso *Quijote*, impreso en Barcelona, ocultaría esta procedencia bajo el nombre de otro impresor (con su consentimiento o sin él), añadiendo una más a la ya abundante lista de irregularidades de la portada y proyectando serias sospechas también sobre la autenticidad del resto de requisitos legales de los preliminares. Para Astrana Marín no caben dudas en este sentido: “la edición del *Quijote de Avellaneda* –afirma– era falsa y fraudulenta, ilegal y lo que se llama puramente una superchería bibliográfica”, por ser fingidos el nombre del autor, el lugar de impresión, la aprobación de Rafael de Ortoneda¹³ y la licencia de Francisco de Torme. Astrana no argumenta su afirmación ni la confirma documentalmente. Los nombres que figuran en los documentos en cuestión como censor y como otorgante de la licencia de impresión (el doctor Rafael Ortoneda y el doctor y canónigo Francisco de Torme y de Liori, respectivamente) parece ser que se corresponden con los de las personas que realmente debían imprimir sus firmas en dichos documentos, por lo que, sin necesidad de pensar en que Avellaneda (y sus cómplices, quizás deberíamos decir ya) falsificase los preliminares de su *Quijote*, se puede deducir que, una vez impreso el libro en Barcelona, recurrieron al Arzobispado de Tarragona para ganar allí la aprobación y la licencia (para el Arzobispado de Tarragona exclusivamente), evitando otras instancias más comprometidas y salvaguardando así el anonimato.

A la pregunta de por qué lo hicieron de este modo sólo se puede responder con la conjetura de que allí, en Tarragona, los trámites les pudieran resultar menos enojosos y, a la vez, más discretos. Tal conjetura sitúa al Arzobispado de Tarragona y, quizás, a la imprenta de Felipe Roberto en el centro mismo de esa máquina de falsificaciones que es el *Quijote* de Avellaneda, lo que debería conducirnos a un estudio en profundidad de la actividad de las dos imprentas implicadas (la de Comellas y la de Roberto) y de sus relaciones con el arzobispado de Tarragona. Especialmente interesante sería conocer las

imprenta de la ciudad condal en la que se está corrigiendo una obra titulada “*Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* compuesta por un tal vecino de Tordesillas”.

¹² . Se ha insistido en que Sebastián de Comellas fue impresor de Lope, lo cual es cierto; pero también debe considerarse que se trata de un editor que ha sacado a la luz varias obras de Alonso de Ledesma y que guarda excelentes relaciones con los dominicos, pues muchos miembros de la Orden de Predicadores ven aparecer sus libros en los talleres de esta imprenta. Cfr. José Simón Díaz, *Dominicos de los siglos XVI y XVII: escritos localizados*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca, 1977 (véanse, por ejemplo, los números 234, 318, 324, 626, 628, 629, 630, 631, 632, y muchos otros más).

¹³ . Rafael Ortoneda, que firma como “doctor” la aprobación el 18 de abril del año de 1614, había alcanzado su grado de doctor –según comprueba Astrana Marín– sólo unos pocos días antes de esa fecha.

licencias de impresión emitidas por esta institución en los años que van de 1605 a 1614¹⁴. En este sentido, quiero recordar algo que, indirectamente, hace al caso y que no se ha señalado antes en relación al *Quijote* de Avellaneda: la casa de Sebastián de Comellas era un lugar muy frecuentado por los autores de la Orden de Predicadores y fue también la imprenta en la que vio la luz, en el inicio del verano de 1605, la edición barcelonesa de *La pícaro Justina*, con la “aprobación”, en este caso, de un dominico Francisco Diago, al que convendría seguir un poco más de cerca, por la solvencia con la que este hombre se mueve en los talleres de la imprenta barcelonesa en la que se gesta el enigma de Avellaneda¹⁵. Diago, dada su larga e intensa relación con Comellas (la imprenta en la que se perpetra el “crimen” de Avellaneda) y dada su participación en la aprobación de *La pícaro Justina* (una obra cuya escritura e impresión se había realizado en abierta competición con el *Quijote* cervantino), se convierte en una pieza de valor nada despreciable para la resolución del puzzle que nos ocupa.

En conclusión y como resumen de lo dicho hasta aquí, detrás de ese Alonso Fernández de Avellaneda que aparece como autor del falso *Quijote* se oculta un hombre agudo y hábil, con poder suficiente para mover hilos importantes. El “retrato robot” que podemos elaborar, a partir de la información que se deduce de su *Quijote*, responde a los siguientes rasgos: es dueño de una cultura considerable, con notable dominio de las fuentes bíblicas y clásicas popularizadas por los *studia humanitatis* y con un buen conocimiento de la literatura (de los textos y de los entresijos civiles) del momento;

¹⁴ . En la misma imprenta que figura en la portada de Avellaneda (Felipe Roberto) se publica en 1602 un libro del dominico Blas Verdú, titulado *Comentaria, scolia et resolutae quaestiones; superdisputationem de trinitate prima divi thomae*, que va dedicado al Cardenal Sandoval y Rojas. Habrá que volver sobre este autor dominico, Rector del colegio de Santo Domingo de Tortosa y lector de su catedral, porque en 1612 publica unos *Engaños y desengaños del tiempo*, en donde se contiene un “Discurso de la expulsión de los moriscos de España”, ya que esto y la vinculación del libro anterior a Sandoval y Rojas lo sitúa en una corriente de pensamiento que también le interesa a este Avellaneda de quien tratamos.

¹⁵ . Fray Francisco Diago, dominico, enseñó teología en el convento de los dominicos de Barcelona. Fue prior del convento de San Onofre de Valencia en dos ocasiones (1603 y 1611) y calificador del Santo Oficio, además de primer vicario del convento de Segorbe (1612) y Cronista de Aragón. En la imprenta de Sebastián de Comellas aparecieron los siguientes libros con su firma: *Historia de la provincia de Aragón de la Orden de Predicadores, desde su origen hasta el año de mil seyscientos*, Barcelona, Sebastián de Comellas, 1599; *Historia de B. catalán barcelonés S. Raymundo de Peñafort, Tercero Maestro General de la Orden de Predicadores...*, Barcelona, Sebastián de Comellas, 1601; *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona*, Barcelona, Sebastián de Comellas, 1603; *Historia de la vida ejemplar, libros y muerte del insigne y celebrado padre maestro F. Luis de Granada...*, Barcelona, Sebastián de Comellas, 1605; *Historia del bienaventurado cardenal Pedro de Luxemburgo...*, Barcelona, Sebastián de Comellas, 1605. Diago, que fue cronista de Aragón, pertenece además al círculo de los Argensola, que con frecuencia ha estado en la óptica de quienes se han interesado por el “enigma de Avellaneda”.

ideológicamente parece evidente su adscripción al espíritu de la contrarreforma¹⁶, con una clara toma de partido en el debate teológico sobre el debate “de auxiliis” que, en 1607, enfrenta a jesuitas y dominicos¹⁷; se trata de una persona muy interesada en el orden social y político establecido (mientras que Cervantes sitúa al lector en la perspectiva de don Quijote y de Sancho, Avellaneda ve el mundo desde la altura de las clases sociales privilegiadas vinculada a ciertos sectores de la nobleza); toma partido (aunque con precaución) en relación con el tema de la expulsión de los moriscos; demuestra también un buen conocimiento de tres ambientes: el de la vida estudiantil universitaria, el de la fiesta (las mascaradas cortesanas y urbanas), y el de la vida conventual; es un hombre que conoce bien a Cervantes y que siente una gran admiración por Lope, con quien sintoniza ideológica y socialmente; y, finalmente, tiene una buena razón para ocultar su verdadera identidad. Este “retrato” nos permite eliminar cierto número de nombres, tradicionalmente propuestos como candidatos para dotar de contenido biográfico el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. Sin embargo, este perfil no nos señala inequívocamente a ninguno de los candidatos.

Entre aquellos que se han ocupado del “misterio de Avellaneda” siempre se sospechó que el verdadero autor pudiera habernos dejado la clave de su identidad oculta, por ejemplo, en algún anagrama o acróstico, lo que ha provocado un encomiable derroche de ingenio en la lectura del falso *Quijote* desde la primera línea del primer capítulo (“El sabio Alisolán, historiador...”). Incluso don Marcelino Menéndez Pelayo, tan crítico con las lecturas esotéricas de don Nicolás Díaz de Benjumea, cayó en este juego, no del todo ocioso porque responde a una cierta lógica: el autor del falso *Quijote*, aunque se ocultó de las miradas indiscretas del público en general, no podría evitar la pequeña vanidad de dejar en el texto de su historia la firma para contar con el aplauso de los discretos. En efecto, en el capítulo XXVIII de su historia hay un pasaje (y no es el único en el libro) que por su detallismo y por la precisión de las referencias que en él se dan, deja un tufillo realista que hace pensar antes en la historia que en la ficción: de regreso de Zaragoza, Don Quijote, Sancho y Bárbara llegan a Alcalá, donde se están celebrando las honras por la elección de un nuevo catedrático. Quienes ven al caballero ataviado con su armadura

¹⁶ . S. Gilman (*Cervantes y Avellaneda, estudio de una imitación*, México, Colegio de México, 1951) cree que la persona que se esconde tras el seudónimo es “quizás dominico... y representante activo de la contrarreforma” (p. 76).

¹⁷ . Cfr. Luis Gómez Canseco, en el prólogo a su edición del *Quijote* de Avellaneda (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 82 y ss.). Para un acercamiento a lo que fue la polémica “de auxiliis” entre jesuitas y dominicos, que zanja Paulo V en 1607, remito al prólogo de J. A. Hevia Echevarría a su edición de

piensan que se ha vestido así para formar parte de la mascarada estudiantil, de modo que le instan a incorporarse a la fiesta y lo hacen con estas palabras:

–Si vuesa merced ha de ir al paseo, bien puede; que ya es hora, pues llegará en ésta el catredático al mercado; que aquí no hay justas ni jayanes de los que vuesa merced ha dicho, sino un paseo que hace la universidad a un doctor médico que ha llevado la cátedra de Medicina con más de cincuenta votos de exceso, y llevan delante dél, por más fiesta, un carro triunfal con las siete virtudes y una celestial música dentro, y tal, que si no fue la que se llevó el año pasado en el paseo del catredático que llevó la cátedra de prima de Teología, jamás se ha visto otra igual. Y las trompetas y atabales que vuesa merced oye, es que van ya paseando por todas las calles principales, con más de dos mil estudiantes que con ramos en las manos van gritando: «¡Fulano, v́ctor!» (cap. XXVIII).

Una “fiesta” estudiantil como ésta pudo tener lugar en cualquier ciudad universitaria española del momento, pero llama la atención la puntualidad con la que Avellaneda se refiere a la misma: los más de 50 votos con los que el nuevo catedrático de Medicina aventaja a su rival y el hecho de que la celebración de esta cátedra de Medicina se produzca un año después de las honras celebradas por la cátedra de Teología, son datos que interesan más a la realidad que a la ficción. Y, viniendo a la realidad, estos datos – como hoy se puede probar, gracias a la información y a la documentación que ha sacado a la luz y que generosamente me ha proporcionado Anastasio Rojo– nos sitúan en el Valladolid, de 1612. En efecto, ese año de 1612, en competición con el doctor Martínez Polo, gana la cátedra de Vísperas de Medicina de la Universidad de Valladolid un tal Fernández Talavera y lo hace con las siguientes votaciones: Fernández Talavera obtiene 164 votos, frente a los 110 de su oponente. Es decir, el vencedor de la cátedra de medicina cuenta con esos “más de cincuenta votos de exceso” a los que fielmente se refería el texto mencionado¹⁸. Un año antes, en la misma Universidad se había dotado y ocupado la cátedra de Teología [Prima de Teología de Santo Tomás]. Todavía se me objetará que el texto de Avellaneda remite a Alcalá y no a Valladolid. Pero esta objeción importa poco, primero, porque, aunque el capricho narrativo de Avellaneda lleva la acción a Alcalá, la secuenciación de cátedras que explicita el texto remite, como digo, a Valladolid; y, segundo, porque, si quedaba alguna duda al respecto, el texto de

Domingo Bañez, *Apología de los hermanos dominicos contra la 'Concordia' de Luis de Molina* (1595), Oviedo, Biblioteca Filosofía en español, 2002.

¹⁸ . A. U. V., Universidad, Caja 338, expediente, y A.U.V., Universidad, Libro 526.

Avellaneda, tan equívoco en otras ocasiones, resulta ser, en ésta, tan definitivamente inequívoco que todo suena a voluntaria y meditada exhibición de firma: repárese que en el desfile de la mascarada estudiantil que se describe figura un estudiante “representando [...] la Sabiduría, ricamente vestida, con una guirnalda de laurel sobre la cabeza, trayendo en la mano siniestra un libro y en la derecha un alcázar o castillo pequeño, pero muy curioso, hecho de papelones, y unas letras góticas que decían: SAPIENTIA AEDIFICAVIT SIBI DOMUM”. Este, como todo el mundo sabe, es el lema que preside los estudios de la Universidad de Valladolid. De modo que, si echamos mano de lo que dicen los archivos e identificamos la cátedra de *Prima* de Teología que la Universidad vallisoletana dota en 1611, nos encontramos con que quien la gana se llama Baltasar Navarrete, dominico, que –hoy lo sabemos ya– en 1605 había dado a la estampa con nombre fingido el *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*. El hecho de que sólo Baltasar Navarrete pueda ser el catedrático de Teología, al que se refiere el texto del capítulo XXVIII que comentamos, confiere a este pasaje del falso *Quijote* un alto valor documental.

El hallazgo por parte de Anastasio Rojo del documento que adscribe el libro *De la pícara* al nombre de Baltasar Navarrete, así como el de los otros varios papeles que nos permiten reconstruir la historia de las cátedras a que se refiere el texto del *Quijote* apócrifo, constituye un importante descubrimiento: dos obras muy importantes de la literatura española del momento vienen, gracias a este hallazgo, a sacar del anonimato a un fraile dominico, colocándolo en un lugar relevante de la historia de la literatura barroca. Los documentos que hoy conocemos sitúan a fray Baltasar Navarrete (teólogo y maestro en Artes, catedrático de la Universidad de Valladolid, próximo al círculo del duque de Lerma, autor vergonzante de *La pícara Justina*) en el centro del escenario en que madura el *Quijote* apócrifo, libro que, como ocurría con *La Pícara Justina*, también escuda en el seudónimo su presentación en sociedad. Sin embargo, ahora –en el caso del *Quijote*-- el autor real no puede evitar dejar una huella de su verdadera identidad: la referencia a la cátedra de Prima de teología de la Universidad de Valladolid, que en 1611 ocupó, precisamente, Baltasar Navarrete. Antes del descubrimiento de la autoría de la *Pícara* por parte de Rojo, otros ya habían detectado importantes conexiones entre el texto de *La pícara Justina* y el del falso *Quijote*, de la misma manera que habían apuntado a la orden de los dominicos como ámbito en el que buscar a Avellaneda. Pero

faltaba la “personalidad” que diera verosimilitud a la identificación entre ambas escrituras. Ni fray Andrés Pérez ni López de Úbeda resultaban, en este sentido, consistentes. Eso, hoy, puede cambiar sustancialmente.

Con todo, conviene ser prudentes y, con las palabras que el maestro Martín de Riquer escribió al tratar de este mismo asunto, manifiesto que, si por lo que se refiere a *La pícaro Justina* podemos hablar de certezas (confirmadas documentalmente), por lo que atañe al “enigma de Avellaneda” debemos todavía conformarnos con las hipótesis. Lo que sucede es que, a partir de ahora, los interesados en el “enigma de Avellaneda” deberán hallar explicación al hecho de que el nombre de Baltasar Navarrete, autor de *La pícaro Justina*, aparezca también en las páginas del falso *Quijote* en la figura de ese catedrático de Prima de Teología, cuya toma de posesión provocó unas honras que sirven de referencia a la disputa de posteriores cátedras en la Universidad vallisoletana. ¿Simple casualidad? Es posible...

Ni siquiera la adscripción lingüística de Avellaneda a Aragón (un próximo libro de Juan Antonio Frago, según me informa su autor, aportará nuevos argumentos en este sentido) sería suficiente para negar la candidatura de Navarrete como autor del *Quijote* apócrifo. En el Valladolid de 1605 vive Jerónimo Xavierre¹⁹, general de la Orden de Predicadores, que necesariamente comparte alojamiento y mesa con Navarrete. Xavierre da inicio a una fuerte (y no casual) presencia de los dominicos aragoneses (tras Xavierre vendrá Aliaga, cuyo nombre también ha aparecido entre los candidatos a dotar de realidad histórica a Avellnaeda) entre los hombres importantes de la corte de Felipe III. Y cerca de Xavierre está Navarrete, situado precisamente en el eje en el que se produce la falsificación y en el que se mueve el falsario. Sea quien sea Avellaneda, su identidad real hay que buscarla en el contexto al que apunta lo que vengo diciendo. La posibilidad de que tras Avellaneda se esconda un dominico, vinculado a la corte vallisoletana e interesado en las luchas de poder de aquellos años, es digna de ser considerada, porque – además de pasajes como el citado del capítulo XXVIII-- el *Quijote* apócrifo tiene una dimensión, que precisa explicarse y que ni literaria, ni lingüística, ni ideológica, ni políticamente, el perfil biográfico Pasamonte (ateniéndonos a lo que nos dice su *Vida*) explica.

¹⁹ . Recuérdese que es a Xavierre a quien está dedicada la *Vida* de Pasamonte (relacionada, sin duda, con el “enigma de Avellaneda”) y que casi con toda seguridad fue el general de los dominicos el que la hizo circular en forma manuscrita en ciertos círculos literarios vallisoletanos. Xavierre, natural de Zaragoza, conocía bien la ciudad aragonesa y la comarca de Calatayud (a él le había encargado el monarca un

“informe” sobre los conventos aragoneses), zonas relevantes en el discurrir de las aventuras del falso don Quijote.

SEGUNDO

TOMO DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA,

que contiene su tercera salida : y es la
quinta parte de sus aventuras.

*Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de
Avellaneda, natural de la Villa de
Tordesillas.*

Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble
villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo
Caallero Don Quixote
de la Mancha.



Con Licencia, En Tarragona en casa de Felipe
Roberto, Año 1614.

Cabon

en el primer cuaderno

Estante 19:

Año 1672

capitulo 17^o Tom. 171

18)

La Santa de la patada de Siper...
de medicina que se usa para abor...
de los alba deprim...
Sancta cura

21. Brill...
Johann

Frans Guiller

14/12/2004 18:39:28

morning pulls

79

+	ly	
+	ly ^u	gr ^u
+	ly ^u	
+	ly	br a ⁿ
+	ly ^u	
+	ly	br a ⁿ
+	ly	
+	ly ^u	
+	ly	gr ^u
+	ly	br a ⁿ
+	ly	
+	ly	br a ⁿ
+	ly	gr ^u
+	ly	br a ⁿ
+	ly	
+	ly ^u	
+	ly ^u	
+	ly ^u	gr ^u
+	ly ^u	br a ⁿ
+	ly ^u	
+	ly ^u	
+	ly ^u	br a ⁿ
+	ly ^u	

78

14/12/2004 18:40:40

~~///~~
A tenha Isin su Prouision. Y Presenta Lion
no la a depo dez teneas mbees. Reama. alguna
mi. Y no tribuase. Catreparico Della meo car de
Sui Rentas m de los dhoz mares. Y que lo sacual
que Paga to tongo nombrado Por Primer Catho
dratico. De la Sba Cathedra a lpadre Magistro
Juan Bautista Navarrete. Pion. Del dho mon
D. Sampaolo. De Oalla de tula. Y sea presente
tal Cathedratico. Y habee D. R. de En via dula
Dem nombramiento quicoo. Demi Volunt
guaya detener. A tene a la sba Cathedra. Por to
A por Los dias desubida. Rendiendo. En el dho
nesterio. Desam Pablo. Contriuadamente. En
Ootramanera. Con lo qual. Lo tuelbo anom
Biaa Paralle. Y quando. Sacare Por sumuar
d de Xacion. Dto das. Las dhoas. Becc. que bacare
En suprouion. Y nombramiento. De nueuo
Cathedratico. sea de quenda. Lo que se sigue
que Prouincial de A ad. S. orden. Y exponer
que P. o t. m. p. fuec. De t. h. o. m. e. s. t. o. r. o. e. l. l.
Sam Pablo de Oalla dolid. Y el prior de m. m. m.
Petriano de A. o. b. a. orden. Dentro de quarenta
dias. Contra vos. Desde el dia que vacare la sba
Cathedra. a Juan de ombra. Y nombrar
altes. Re. h. i. s. t. o. r. o. s. de la sba. ha den. Desanto do
mingo. Si los de la sba. casa. Pagan Pablo. Casa
Y no el m. y. o. que sale. P. a. r. e. n. s. e. n. A. o. m. a. s. P. a. r. e. n.
abiles. Y no f. i. e. n. t. e. s. Y en quien. Concurran

De la dicha catedral de padel
maestro fray Baltasar naba
re te prior de dicho monesterio
de san pablo de ballid y es a
presente el catedatico y la le
y rige en virtud de minombra
mien a quierio y es mi boluntad
que ayange tener y tenyan la
dicha catedral por dos dias de
su vida rresidiendo en el dicho mo
nesterio de san pablo con tinuada
mente y no de otra manera con lo
qual yo le vuelbo a nonbrar para
ello y quando obarare por su mueru
o de racion y todo as las demas cosas
de la catedral en rre provision y non
bramien a de nuevo catedral
tico se a de guardar lo que se sigue

En el provincia de la abadia
de n y el prior que es por tiempo
fuere de dicho monesterio de san
pablo de ballid y el prior de
mi monesterio de tianos de la abadia
jorden de n de quaren rradia de
con rados de el dia de obarare
la dicha catedral ayan de non
brar y nonbrar en rre rre rre rre rre
de la dicha abadia de san pablo
de cada vno de sus yos que guz sa
ven ser los mas doctos abades y su

3